Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

67 **Cámpora, el elegido de Perón (II)**



Suplemento especial de
Página|12

EL ABRAZO PERON-BALBIN Y EL ABRAZO MENEM-ROJAS

Y lo que quería Aramburu, lo que después quiso Lanusse, lo hizo por fin Perón. *Todos le fueron al pie*. O casi todos. ¿Qué era eso? Era que el Gran Acuerdo Nacional lo hacía él. La cosa se consolida en un restaurante de nombre *Nino*, donde parece que Perón solía almorzar o cenar a veces con Evita. Quedaba, además, cerca de Gaspar Campos. El encuentro se haría bajo el aura eterna de la pasionaria del peronismo. Si esto le gustaba a Isabel, nadie podría saberlo. Por el momento y hasta el final ella debía venerar la figura de Eva. Más aún si –como se dice– en los socavones más hondos de Puerta de Hierro el Hermano Daniel hacia malabares umbandistas poniendo el cuerpo de Eva sobre el de Isabel para que la primera le traspasara sus fluidos combativos, apasionados e inteligentes a la segunda. Algo que –si se lo piensa con un poco de mala onda– implicaba admitir que la Chabela o recibía fuerzas extranaturales, del más allá, o habría de deslizarse en penosas pifiadas sucesivas que disgustarían al líder. Los antiperonistas ensayaron algunas interpretaciones ya viejas: dijeron que el restaurante *Nino* era la nueva cara de la Cervecería de Munich, donde Hitler había empezado a consolidar sus fuerzas. ¡Qué manía con Hitler! Munich, Nino, Hitler o Perón, todos fueron hacia ahí.

La noche anterior, el *otro* viejo de la política argentina (si no es excesivo ese título) lo fue a ver a Perón. Esta visita de Ricardo Balbín estuvo teñida de heroísmo. Aparte de aceptar estoicamente algunos insultos de peronistas belicosos ("gorila", "radicheta gorilón", etc.), otros, con mejores modales e intenciones le pusieron una escalera para que saltara un muro, dado que Balbín no se abría paso por cualquier entrada convencional, sino por una con cierto aire clandestino, algo que agradaba al caudillo de la palabra desbordante. El caso es que llegó hasta Perón y se dieron un abrazo que algunos valoran de tal manera cual si semejara el de O'Higgins y San Martín después de Maipú. Batalla en que murieron 2000 guerreros y el genio de San Martín brilló más alto que nunca. Luego se abraza con O'Higgins, factor esencial del triunfo y guerrero que afirma el honor de Chile. Bien, por decirlo claro: el Chino Balbín, de O'Higgins, nada. De San Martín, menos. Pero estaba al frente del radicalismo, a punto de ganarle la interna a Alfonsín, y Perón confiaba en él como herramienta para la unidad nacional partidaria. Años después habrá otro abrazo. Guste o no, tan peronista como éste. Será cuando el peronismo le ponga su masividad al establishment y obedezca a hacer su política. "Nosotros ponemos a la gilada, ustedes el proyecto." Uno de los protagonistas de esa dilatada traición a la patria que se conoce bajo el nombre de *menemismo* fue el capitán ingeniero Alvaro Alsogaray, sombrío personaje de este país. Se pasó la vida tratando de ponerlo al servicio de la banca internacional, a la que él pertenecía, obedecía. Junto con Alsogaray entraron a la fiesta menemista personajes impensables. Se trataba, no de la unidad nacional, sino de la unidad nacional para el saqueo de la Nación. Siempre que el capitalismo neoliberal, liberal u oligárquico de este país puede gobernar a su antojo suceden algunas cosas ya inevitables: 1) Se lo apodera una vez más o asegura su posesión. Dado que este país se consolidó (1880) cuando la burguesía del Puerto y la oligarquía terrateniente se aseguraron su dominio. En 1932, otra vez se lo aseguran y lo trafican con Gran Bretaña, que no es, para nosotros, el "ogro externo". No es ningún ogro. Son señores educados que hacen muy bien sus negocios. Si los rastacueros de ese país del Sur se mean por estar a sus pies ahí los tendrán. Ya se sabe: Julito Roca. Las carnes. Los frigoríficos. Y si don Lisandro de la Torre se queja... lo revientan de un tiro, aunque ahí hayan liquidado a su fiel Enzo Bordabehere. Pero la mezcla habitual se dio perfecta: o lo hacemos con los negocios o lo hacemos con las armas. Diez años de jolgorio de nuestras "clases ilustradas". La Gran Década de la Concordancia. Si José Luis Torres la llamó "infame", eso es revisionismo, resentimiento, caudillismo, populismo, proteccionismo, nacionalismo, en fin: fascismo. 2) De 1955 en adelante. Lo hemos visto bien. Se gobierna en medio de la ilegalidad constitucional, bajo la hegemonía de las armas de los militares y con los organismos de créditos internacionales. (Sobre todo, el FMI, al cual nos hizo entrar la Libertadora.) 3) Superado el trágico interregno peronista, que estamos empezando a estudiar, retornan los liberales, los dueños de la tierra, los nuevos capitales financieros. Todo imperfecto. Porque el neoliberalismo odia al populismo porque implica el intervencionismo del Estado. Pero los militares dicen: "Señores, nosotros tenemos que matar a mucha gente para que ustedes puedan ganar dinero, ¿están de acuerdo?". "Por supuesto, hagan su trabajo. Y rápido, como dijo el señor Kissinger." "Para hacerlo rápido necesitamos un gran poder del Estado." Esta contradicción liquida la economía liberal-capitalista-financiera del Proceso. Catástrofe económica, humanitaria y hasta una guerra ignominiosamente perdida. 4) Llega Menem. Aquí sí. Aquí resulta. Argentina, campo de pruebas del FMI. Argentina, conejillo de Indias. La juerga financiera. Se roban todo. ¡Qué patriotismo! ¡Qué amor por la República, por las instituciones, por la Constitución! Aquí, peronismo y oligarquía agrofinanciera especulativa se dan un gran abrazo. ¿El de Perón-Balbín? No. El abrazo es otro. No es tampoco el de Menem-Alsogaray. Ese se llevaba a cabo siempre que el capitán ingeniero decía: "Yo no apoyo al peronismo. Apoyo a la Reforma Menem". Como la *Reforma Menem* tenía la invalorable característica de ser idéntica a la *Reforma Alsogaray*, lo que se aplicaba era el plan del viejo liberalismo que domina este país desde 1880, en que lo hizo. Que mal o bien lo hizo, según suele decirse, mal. Se dice mal porque no lo hizo *mal o bien*, lo hizo mal. Se lo hizo para él. Pero ni siquiera para su progreso, lo hizo para su goce. La oligarquía liberal-financiera no hizo un país. Hizo una ciudad llena de palacetes franceses. El resto, el derrotado interior federal, al diablo. A la miseria. Al atraso. Y, de última, a los caudillos medievales y sanguinarios que, impuestos por Buenos Aires o respaldados por la metrópoli culta y cosmopolita, se adueñarían *in aeternum* de las provincias. ¿Cuál es el abrazo? ¿El de Eva y Victoria, que es el nombre de una mínima obra de teatro que se estrena en los noventa? Se estrena con gran éxito porque tiene un notable mérito: el de la unidad entre las clases bajas y las clases altas. *Tal como el menemismo lo proponía.* ¡Hasta Bernardo Corcho Siempre a Flote envía móviles para reportear a los espectadores a la salida! ¡Es la obra de la unidad nacional! El pueblo por fin unido a las clases dominantes. Eva y Victoria dialogan arriba de un escenario. Y hasta, al final, cuando Eva muere (no hay gorila que no perdone a Eva cuando muere: en el fondo, conjeturo, será por lo tanto que ellos o sus antecesores deseaban que eso sucediera) o cuando está ya en plena agonía, Victoria se dispone a abandonar la habitación, vacila, la mira a Eva, que está sentada, los hombros caídos, quebrada por su dolor, se le acerca y... ¡le pone una mano sobre el hombro! Qué escena de amor. Qué sublime. Qué conciliación de clases ejemplarizada por un solo, tenue gesto de la dama del Buen Pastor. Ya está: todo es armonía. A la salida, Neustadt espera a los asistentes a semejante milagro: "¿Qué le pareció la obra?" "Maravillosa", dicen los nabos espectadores, siempre manejables, siempre heterónomos, siempre comiéndose la última de turno, es decir, la clase media urbana, que después se va a comer a *El Palacio de la Papa Frita* o a *La Churrasquita*, hoy a *Happening* y siempre, como un touch de excentricidad, ¡una pizza en *Güerrín*, qué joder! "¿Qué nos puede decir de la obra?" "Ay, me conmovió el choque de personalidades. Y la señora China Zorrilla como Victoria Ocampo, una dama para otra dama." "Esto demuestra que los argentinos podemos unirnos y marchar hacia el futuro. Si no lo hacemos es porque no queremos. Porque poder, se puede. Esta obra lo demuestra." "Sólo nos tenemos que entender. Dialogar en democracia. Tenemos todo para ser un gran país." "Es la opinión de la gente", concluye Bernardo Corcho Siempre a Flote. "Y la gente sabe lo que dice. Sabe que esta vez los argentinos estamos en el camino correcto." La única voz discordante fue la de la entonces diputada Irma Roy. Con inocencia, con verdadero candor, confesó: "No sabía que Victoria Ocampo era tan importante". La furia de Neustadt no se manifestó. Estuvo parco. Irma era una aliada. Pero debió haberle dicho: "Irma, por favor. Sabemos que es usted una peronacha bruta. Pero sepa bien que Victoria Ocampo es la Eva Perón de la oligarquía. Que si no juntó multitudes es porque la oligarquía no es una multitud. Es un selecto grupo de individuos libres y cultos. Más bien le tiene asco a las multitudes. Dan grasa. Que el pueblo no la haya amado habla de su grandeza, de su exquisitez, no de su intrascendencia. La amaron sus pares. Y la gente que ella traía del exterior para que la amara: Rabindranath Tagore, Aldous Huxley, Drieu de la Rochelle, que era diez veces más nazi que Perón pero era francés y escritor. Que aún no hayan hecho una ópera rock sobre ella los señores Rice y Lloyd Weber se debe a la vida austera que llevó, entregada a los libros y no a los hombres. Evita les daba más material por su vida, digamos, azarosa. Además, querida, a Victoria sólo Stravinsky, que la admiraba, pudo haberle hecho una ópera. Si no lo hizo, ahí nomás habrá estado. Y por último, querida Irma, que usted desconozca la grandeza de Victoria Ocampo es algo que a ella la honra. Curioso habría sido lo contrario". Pero la *unidad* está lograda. ¡Robemos juntos!, exclaman peronistas y grandes burgueses financieros, tradicionales o nuevos oligarcas de la Pampa húmeda. Hagamos juntos lo que más nos gusta: saquear a este país. (Que nadie se haga el vivo afirmando estupefacto, como el periodista inglés Christopher Hitchens, en 1978, que: "El fracaso de Argentina como nación es el más grande misterio de este siglo". No, señor Hitchens, usted no entiende nada. Escúchenos a nosotros que a este país lo vivimos de adentro y fuimos una y muchas más veces derrotados por los negocios de los grandes hombres del dinero, de las grandes clases hegemónicas que lo poseyeron y –cuándo no– mataron a quienes les discutieron ese derecho o se aliaron eficazmente con ellos, como ocurrió con Menem. Escuche, mister Hitchens: *El más grande misterio de este siglo habría sido el del triunfo de Argentina como nación*. El de su fracaso está a la mano, está a la vista. Sólo hay que querer verlo.)

Y eso es lo que hacen. Diez años de fiesta conjunta. Entre el Consenso de Washington, los Chicago Boys, Cavallo, IDEA, la Fundación Mediterránea, Alvaro y María Julia Alsogaray y todo el aparato del peronismo, la complicidad inmoral del partido, de sus diputados, de sus senadores, y la complicidad de los sindicatos, la desaparición del mapa del *combativo* Ubaldini que luchaba tan bravamente contra Alfonsín en defensa de los intereses obreros, desnacionalizan el país, tiran por la borda su soberanía y, por fin, se liquida al Estado Peronista. Algo que nadie había podido lograr. El peronismo liquidó al peronismo. Pero ya alguna vez llegaremos a esto. Volvamos a lo del abrazo. Venimos del abrazo Perón-Balbín. ¿Cuál es el abrazo de los '90? *El abrazo Menem-Rojas*. De inmediato, peronistas memoriosos lo comparan con el abrazo Perón-Balbín. "El abrazo Menem-Rojas es la versión fin de siglo del abrazo Perón-Balbín." Le pregunto a uno de esos peronistas que hoy están aquí y mañana allá y siempre en todas partes en que esté el peronismo, el poder y la guita: "Che, lo escuché a Fulano decir que el abrazo Menem-Rojas es la versión fin de siglo de... etc.". El mene-peronista versión noventa me dio una respuesta inolvidable: "¡Y dejalo! Con eso come por el resto del año". ¿Está claro, no? Se trata de hacer bien los deberes. Y si uno mete una frase-llave que les sirva a los jefes... *come por el resto del año.* Y pensar que "por el resto del año" a la gilada no nos queda otro remedio que laburar. ¿Qué pensarán de nosotros esos piolas? (Difícil que piensen algo peor de lo que nosotros pensamos de ellos. Aunque se llenen de guita. Miserables.)



BALBIN FANFARRONEA A PROPOSITO DE ALLENDE

Volvemos a 1972: abrazo Perón-Balbín. Cuando trepa el famoso muro y sale hay algunos periodistas. Balbín pelotea la cuestión para el día siguiente. Rodeado de micrófonos, siempre con cara de hombre que enfrenta grandes acontecimientos que lo son por el mero hecho de enfrentarlos él, se somete a las preguntas de la prensa. "¿Tuvo que saltar un muro, doctor?". Observen esta respuesta: "Salté ese muro como saltaré todos los muros que sean necesarios para asegurar la libertad y la democracia de los argentinos". Balbín nunca decía "de la Argentina". El hablaba en nombre de la República –¿quién podía ignorar esto de un hombre tan probo, jamás sometido a ninguna tentación seria por mantenerse, indeseadamente, siempre lejos del Poder?–, pero además le hablaba a cada uno de los argentinos, uno por uno. Por eso decía "de los argentinos". Todo, en su lenguaje, era "de los argentinos". La cultura "de los argentinos". El destino "de los argentinos". La patria "de los argentinos". Después, otra pregunta: "¿Recordaron con el general Perón algunas cuestiones del pasado?". Balbín, casi ofuscado: "Fue una conversación hacia adelante". No digamos que fue un hombre probo por mantenerse siempre lejos del poder. Creo que lo habría sido igual. Pero todo en él, su pinta, su estilo, sus palabras, sus poses de compadrito, aun esa "facilidad de palabra" de la que tan seguro se sentía eran hilachas del pasado. El 12 de septiembre de 1973, un día después del golpe contra Allende, le preguntan: "¿Qué opina del golpe de Chile?". Dice dos o tres respuestas evasivas. "¿Cree que Allende se suicidó?" "Bueno, tenía un arma en la mano cuando lo encontraron, ¿no?" "¿Qué habría hecho usted en su lugar?" Y ahí, más caudillo fanfarrón que nunca, irrespetuoso con Allende, haciendo un gesto con la mano, entre despectivo y concluyente, despidiendo a los periodistas, dice, muy convencido, terminante: "¡Ah, no! ¡A mí eso no me lo hacen!". ¿Y de dónde sacó que a usted eso no se hacen? A ver, ¿por qué? ¿Era más sagaz político que Allende? ¿Más valiente? ¿Habría resistido mejor? Sospecho, querido Chino, que a usted no le hacían eso porque ni los habría molestado, porque no les habría hecho ni el 3%, no, ni el 2% de las cosas que hizo Salvador Allende, patriota chileno, líder ejemplar, que murió peleando de cara a los canallas, a los asesinos. Ni remotamente este país en que habitamos, al que dimos nuestros años, en el que no hundirse en la desesperanza es un esfuerzo cotidiano por no abandonar a los desesperados, por pelear por algunas cosas que aún tienen sentido, o simplemente tratar de que la esencial impiedad del poder, del verdadero poder, sea menos brutal, tuvo un político como Salvador Allende, no sólo atacado por Pinochet, por quienes finalmente lo derrocaron y diseminaron la muerte en Chile, sino también por el MIR, por esa izquierda nefasta, funcional al régimen, para la que todo es poco, para la que nada alcanza, en tanto para los reaccionarios, los matarifes, todo es excesivo, todo es demasiado. Enemigos unos por la escasez de las conquistas, enemigos otros por la sobreabundancia subversiva, terminan por coincidir. No sólo Pinochet liquidó a Allende. El MIR contribuyó a debilitarlo, a quitarle bases negándole su apoyo. Pinochet, por fin, los mató a todos. A los allendistas y a los del MIR. Triste historia. La izquierda debería aprender de ella.

LA FURIA DE LA TENDENCIA FRENTE AL "NINO"

Salvo que haya llevado adelanta reuniones privadas, Perón no le dio mucho aire a la juventud. Su primacía fueron los políticos. Si Santucho lo caracterizaba como el líder de la burguesía, podía estar feliz. Aquí parecía serlo. *Sucede que Perón se había empeñado en birlarle el GAN a Lanusse*. Estaba a punto de conseguirlo y por fin lo consiguió.

El lunes 20 de noviembre se realiza el gran cónclave de *Nino*. Ya que tantos analistas respetables gustan citar a Joseph Page, hagamos lo propio un cachito, para no desentonar: "Representantes de casi todos los partidos se reunieron con Perón y sus principales lugartenientes para discutir la posibilidad de formar un frente político. El conductor (en *Nino*, JPF) se refirió a la necesidad de forjar la unidad nacional. Los dirigentes peronistas propiciaron la publicación de un manifiesto denunciando la exigencia de estar residiendo en el país antes del 25 de agosto para ser candidato" (Page, *ob. cit.*, Vergara, tomo II, Buenos Aires, p. 230). La "cláusula proscriptiva" era otra canallada del Ejército Gorila. Perón tenía que volver antes del 25. "Perón vuelve cuando se le canten las pelotas", pinta la JP. Pero además, ¿para qué esa cláusula? ¿Por qué limitar otra vez a Perón? Lanusse dirá: "Jamás Perón será presidente de este país". ¿Qué pretendía? ¿Superar con eso los 18 años de desencuentros? El pueblo lo quería a Perón presidente. La cláusula proscriptiva introducía un problema que habría de ser muy grave en el breve tiempo. *No fue el peronismo el culpable de las desprolijidades constitucionales del '73. Fue el Ejército Gorila, con Lanusse a la cabeza, que prohibió la candidatura de Perón.* "Usted no. No llegamos hasta tolerarlo a usted. Ponga a alguien y váyase del país." Perón tendría que aceptar. Sobre todo porque el Chino Balbín *aceptó la cláusula del 25*. "Porque, en su opinión, proscribía sólo a aquellos que habían elegido libremente no estar en el país a partir del 25 de agosto" (Page, *ob. cit.*, p. 230). ¿Libremente? Entonces, ¿la cuestión era aceptar *libremente* volver antes del 25? Bromeaba Balbín. ¿Libremente de qué? Si era una fecha obligatoria que había impuesto Lanusse. ¿Por qué tenía Perón que volver en esa fecha? ¿Dónde se ha visto algo así? Se fija la fecha de elecciones. Y los candidatos pueden o no pueden estar en el país. *Eso no le impide a nadie presentarse.* Pero Lanusse armaba cualquier cosa con tal de evitar la candidatura de Perón y el triunfo sin duda abrumador del Frejuli. Con cualquier otro, sería menos. ¿Saben por qué el Chino comiteril apoyaba eso? Porque él también lo quería a Perón fuera de la contienda. Ya pensaba en las elecciones. Hasta en el cómputo del último voto. Sin Perón, la UCR arañaría más. Y de eso se trataba, *de arañar.* Con Perón todo sería peor. O sea, ¡adelante con la cláusula proscriptiva! La excusa fue cualquiera. Perón (habrá decidido dejar para más adelante esta cuestión o –¿quién puede saberlo?– no estaría aún seguro de querer el enorme peso de la Presidencia) acepta.

La reunión de *Nino* tiene un *marco externo* que incomoda a todos los políticos que están negociando. Ninguno de ellos tiene una *hinchada* que desde afuera aliente furiosamente a su líder. La consigna fue: a abultarse rodeando Nino. A hacerle sentir a Perón que no está solo. Y a los otros que la multitud juvenil está con Perón. Un militante muy entusiasmado me dice: "Sea lo que sea que negocie el Viejo ahí dentro lo va a negociar con más poder con nosotros afuera. Les va a decir: 'Escuchen lo que tengo ahí. Esos son mis muchachos. El único que los puede conducir soy yo. ¿Alguno de ustedes cree que puede frenarlos? Y oigan bien, eh. Están enojados. Están hartos'". Y la Jotapé sofoca las cercanías de *Nino* con sus consignas, con las duras, con las blandas, con las ingeniosas, con las hirientes, con todas. Con la de Chamizo, por ejemplo. O con las ideológicas:

Socialismo nacional
como quiere el General

Ramus, Medina
Perón en la Argentina

Dame una mano, dame la otra
dame un gorila que lo hago pelota.

Pero no me fui de *Nino* con el ánimo sereno. Había un grupo de sesenta, setenta, cien militantes. Estaban muy cerca de un ventanal de *Nino*. Y cantaban una sola consigna. Con una furia estremecedora. Con un odio extremo. Era un grito de guerra. Un grito de guerra que no cesaba. Había demasiada rabia. No pude entenderlo. ¿Quién impartía esas órdenes? ¿Esa consigna tan rabiosamente vociferada obedecía a una orden de la conducción o era un desmadre de las bases? Se estaba negociando, carajo. Perón estaba en *Nino* con todos los miembros de los partidos. Le habían ido al pie. Se estaba haciendo política. Se estaba luchando por la posible *organización del país* bajo la jefatura de Perón. ¿No sabían eso? ¿No se habían tomado el trabajo de averiguar que el pueblo quería eso y no la guerra? Y peor aún: *nadie había averiguado el verdadero poder de fuego del Ejército Argentino*. Miguel Hurst, en una reunión de militantes, dijo algo insólito y ajustadísimo: "Ojo, eh, el Ejército no se puso todavía en serio contra la guerrilla". Inútil: lo criticaron. "Son todos mercenarios", había dicho el Che sobre los soldados de los ejércitos latinoamericanos. Desde luego: mercenarios excepcionalmente adiestrados por la Escuela de las Américas de los yankis y los nuestros (siempre exquisitos los argentinos: hasta para la tortura y la muerte) por la mejor Escuela de Contrainsurgencia, la francesa. Claro que el general Giap los había vencido en Dien Bien Phu. Pero el general Westmoreland, *el enemigo*, consideraba a Giap *un genio militar*. Y lo era. Sólo eso podía ser el hombre que derrotó a los franceses en Dien Bien Phu y luego a los norteamericanos en Vietnam. ¿Lo teníamos aquí? ¿Era Firmenich? ¿Era Santucho? (*Nota:* "A pesar de estar sostenida por los armamentos y recursos de los Estados Unidos, Francia no consiguió vencer a las fuerzas de la República Democrática de Vietnam, reconocida como tal en 1950 por la República Popular China y los demás países comunistas. El ejército del Viet Minh (*se uniría al Viet Cong para pelear contra los yankis en la llamada Segunda Guerra de Indochina*, JPF), bajo el comando del general Vo Nguyen Giap, considerado por William Colby, ex director de la CIA, un 'genio militar' (*también, como dijimos, por Westmoreland*, JPF), atacó al Corps Expéditionnaire (CE) francés (16.000 soldados), en su último baluarte, considerado inexpugnable, Dien Bien Phu, planicie de 18 km de extensión, cercada por montañas, en el noroeste de Vietnam, próxima a la frontera con Laos. El combate duró cerca de 55 días y 55 noches, del 17 de marzo al 17 de mayo de 1954", Luiz Alberto Moniz Bandeira, *La formación del Imperio Americano*, Norma, Buenos Aires, 2007, p. 170. Pese al respaldo de los bombarderos B-52 de EE.UU. y de las bombas de *napalm*, Giap derrotó sin atenuantes a los franceses. Fue uno de los golpes más duros que el colonialismo recibió en toda su historia. "Dien Bien Phu" significa aún triunfo de los Otros, triunfo de la barbarie, derrota de la civilización occidental. De aquí que sea sorprendente la valoración de Westmoreland y William Colby. Si le añadimos a Giap la formidable conducción estratégica de las guerrillas del Vietcong y la toma triunfal de Saigón, podríamos concluir que no es sólo, obviamente, un genio militar, sino el estratega invicto del siglo XX y el que luchó –por si su gloria fuera poca– siempre del lado de los débiles, de los subalternos, de los colonizados. De los agredidos por la razón instrumental, colonizadora, técnica del capitalismo de Occidente, por usar el lenguaje de Adorno y Heidegger. Lástima que Heidegger –en quien se basan todos los que critican la Modernidad Occidental desde otro punto de vista al del marxismo– habría odiado a Giap por considerarlo un guerrero del comunismo

soviético.) Ninguno de los dos: ni Santucho ni Firmenich, ni patéticos fierreros de segunda o cuarta como Gorriarán Merlo o Perdía tenían algo en común con Giap, ni las fuerzas que comandaban tenían el número, la preparación, el respaldo popular (el apoyo de la población campesina fue fundamental) que tenía el gran héroe de Dien Bien Phu. Por último, la asimetría de las fuerzas de Giap con las de los franceses era *incomparablemente* menor que las de los grupos civiles que manejaron los líderes del ERP y Montoneros. Una cosa era leer los escritos de Giap; otra, hacer la guerra como él. Además, insisto, si Perón estaba negociando con los políticos era un disparate supremo que los cuadros de los montoneros se pusieran a gritar con furia, con odio, durante más de media hora: *"Cinco por uno/ no va a quedar ninguno"*. ¿De quiénes? ¿De los políticos que estaban con Perón? ¿De los militares que estaban a punto de entregar el gobierno al peronismo si ganaba las elecciones? ¿Qué significaba esa consigna? ¿Que una vez en el poder iban a desatar una matanza? Qué desvarío. ¿Cantaban en serio esa consigna? ¿Sabían lo que estaban diciendo? ¿O era una forma de expresar dureza? Y sólo eso. Pero fue demasiado prolongado. Los filmaron. Los pasaron por televisión. Les preguntaron a los dirigentes peronistas, que dijeron: "No es nada. Los muchachos son así. Ellos aceptan el proceso electoral". ¿Sabían algo de la Bestia a la que desafiaban? Estados Unidos caía en Vietnam, de acuerdo. Pero seguía siendo Estados Unidos. Y el heroísmo y el sacrificio del pueblo vietnamita, ¿se daría aquí? ¿Había aquí un Ho Chi Minh? ¿Había un Vo Nguyen Giap? El conductor estratégico que se tenía –cuando tuvo que pelear– se rajó en la cañonera. *"Cinco por uno/ no va a quedar ninguno."* "General, ¿usted va a frenar a esos muchachos?", le habrá preguntado alguien o más de alguien en *Nino*. ¿Habrá respondido Perón que agarraba un vaso de agua, un micrófono y los mandaba a sus casas?

LA BENDICION DEL "PADRE ETERNO" TRANSFORMA A CAMPORA EN "EL TIO"

El más alto valor de la axiología justicialista es el de la *lealtad*. El opuesto es el de traición. Entre los principales sinónimos de *lealtad* figura *amor*. Entre los principales de *traición* figura *rebeldía*. Nunca, antes de Cámpora, un peronista había encarnado en sí el valor supremo del peronismo. Esto lo consigue en 1972, cuando Perón delega en él la candidatura presidencial. Lo hace porque es el más leal de sus soldados. (Aun cuando se hubiesen manejado otras posibilidades, Cámpora, una vez consagrado, incorpora el valor para sí.) ¿Cómo surge el valor de la lealtad? Difícil decirlo. Pero la jornada que para siempre lo encarnará será la del 17 de octubre, denominado, precisamente, *Día de la Lealtad*. "Un conductor, por genial que fuese (dice Perón), no puede llegar a cada uno de los millones de hombres que conduce. Hay una cosa que debe marchar sola, es decir, la doctrina que pone a todo el mundo a patear para el mismo arco" (*Conducción política*, clase Nº 1, marzo de 1951). Si existe *una* doctrina ya hay algo a lo que todos deben ser leales: a ella, a la doctrina. La doctrina es creación del conductor. No se elaboró en asambleas ni congresos partidarios. El conductor la presentó a los suyos y les dijo: "Esta es la doctrina". La fue elaborando de a poco. Perón hizo en esto un trabajo muy empírico: elaboró la doctrina a partir de su trabajo con las masas desde su temprano trato con ellas como hombre del gobierno de Farrell. Añadió algo de la Doctrina Social de la Iglesia y seguramente tanto de la *Carta del trabajo* mussolliniana como de Clausewitz y de sus lecturas marxistas, que las tenía. Lo que haya tomado de otros lados es asunto suyo. Ser, pues, fiel a la doctrina es una de las formas de mostrar lealtad al conductor. El Día de la Lealtad la masa fue leal al conductor y, al serlo, también a la doctrina, lo supiera o no. Pero la doctrina ya estaba instaurada. "Si la masa no hubiera tenido las condiciones que tuvo cuando el 17 de octubre perdió el comando, perdió la conducción, no hubiera procedido como lo hizo; actuó por su cuenta, ya estaba educada" (*Ibid*.). Pareciera una contradicción la que se establece entre una masa que actúa por su cuenta y otra que actúa por estar educada. No para Perón: la masa fue educada por la doctrina, la doctrina es la del líder, la doctrina enseña la lealtad al líder. La masa es libre cuando actúa por lealtad al líder. Porque el líder es el líder de la masa y la masa es la masa del líder. Actuar por una o actuar por otra es actuar por lo mismo. Hay una necesidad ya establecida. Aceptarla es ser libre. Bien hegeliano: *La libertad es el reconocimiento de la necesidad*.

Siempre se debe ser leal a algo. Lo más indigno es carecer de una lealtad. Perón apela a la frase de Licurgo, que también utilizará Evita: *"Hay un solo delito infamante para el ciudadano: que en la lucha en que se deciden los destinos de Esparta él no esté en ninguno de los dos bandos o esté en los dos"*. Estar en los dos es la negación de la lealtad. No se es leal a ninguno y se es traidor a los dos.

Cámpora venía destinado a ocupar el puesto de campeón de la lealtad. Pasó de campeón de la obsecuencia en los '50 a campeón de la lealtad en los '70. Una cosa llevó a la otra. Se conoce esa anécdota (sin duda antiperonista): Evita le pregunta a Cámpora qué hora es.

Evita: Che, Camporita, ¿qué hora es?

Cámpora: La que usted quiera, señora.

Hay algo que, creo, invalida esta anécdota: ¿podría Evita *no tener* reloj? Debía tener uno. Y muy caro. ¿Por qué habría de preguntarle la hora a Cámpora? Además, la respuesta es tan ineficaz que la habría indignado: –Oíme, boludo: si fuera la hora que yo quiero no te preguntaría qué hora es. ¿O creés que tengo tanto poder como para decidir eso?

–¿No?

–No, si tuviera todo ese poder haría fusilar en la puerta del Trust Joyero Relojero a los que inventaron esta anécdota gorila de mierda. Dale, qué hora es.

–Mire su reloj, señora.

–Mirá, tenés razón, Camporita. Creí que me lo había olvidado en la Residencia. Sos piola, eh. Quién te dice, llegás lejos. Hasta presidente de la República si te descuidás.

–Espero no descuidarme, señora.

Pero el chiste del reloj cumplía su función: marcar la obsecuencia del dentista de San Andrés de Giles. Nadie podría negarla. Durante su desempeño al frente de la Cámara de Diputados, y durante la agonía de Eva, Cámpora llevó adelante todos los fantásticos y absurdos proyectos que los "adulones y alcahuetes" diputados peronistas proponían. En el film *Ay Juancito*, que dirigió impecablemente Héctor Olivera en un momento en que los críticos decidieron no quererlo, posiblemente porque era un hombre con algunos años cumplidos y no era un joven como eran y tenían que ser los que hacían el cine del "nuevo y joven cine argentino" (había dirigido *La Patagonia rebelde*, *Las venganzas de Beto Sánchez*, *No habrá más penas ni olvido* y *La noche de los lápices* y produjo más de 100 películas, entre otras *Tiempo de revancha* y *Ultimos días de la víctima* de Aristarain y la excepcional *Plata dulce*, con ese guión poderoso de Goldenberg y Viale, ya que fue así como cumplió sus años y dejó de ser joven, perdiendo asquerosamente el tiempo, algo que no ocurrirá con ninguno de los abundantes talentosos o aun geniales de hoy), hay una escena en que Héctor y yo (autores del guión, que no sufrió críticas y hasta sirvió para que nos opusieran: él de un lado y yo de otro, ¡con lo bien que trabajamos!) ubicamos a Cámpora y a Fanny Navarro (a quien llamamos Ivonne) en el despacho de un general Perón que hizo de modo destellante Jorge Marrale, para proponerle fastuosas honras de amor y reconocimiento a Evita.

La escena es así:

Escena 98. Interior despacho presidencial - Día

Encontramos a Yvonne en medio de una encendida enumeración de los homenajes que se proyectan realizar por la glorificación de Evita. Perón la escucha atentamente, pero sin entrar en ese entusiasmo: es como si corroborara que un operativo político va tomando su forma y ejecución adecuadas.

Frente a Yvonne, flanqueando al General, está Campora, quien asiente ante las palabras de la mujer y se ve dispuesto a certificarlas en caso de ser necesario, que lo será.

Detrás, algo alejado, Juancito escucha con satisfacción, con emoción sincera y transparente los proyectos desmedidos que Yvonne enuncia.

Yvonne: Lo primero, General... Y si digo "lo primero" es porque eso son, para nosotros, usted y la Señora. Lo primero es declararlo a usted Libertador de la República.

Perón inclina levemente su cabeza, como agradeciendo algo inmerecido y abre sus manos en un gesto que dibuja una actitud de serena resignación.

Yvonne: Y a Eva Perón, Jefa Espiritual de la Nación.

Cámpora: Los proyectos ya están en la Cámara. Es cuestión de días sancionarlos. (*Un gesto a Yvonne indicándole que continúe.*)

Yvonne: Y la educación, General. Este país se educó con los valores de la oligarquía. Hay que llevar a las aulas los valores de la clase trabajadora. Que en todas las escuelas se enseñe *La razón de mi vida*. Que los niños se eduquen con la palabra de Eva Perón, que es la del pueblo.

Cámpora: Sobre ese punto el acuerdo es general. En días se repartirán los textos.

Perón: Bien, ¿qué más?

Cámpora: Hay una cuestión sobre la que existen algunas... discrepancias.

Yvonne: Sólo porque existen malos peronistas.

Cámpora: Se trata del Monumento a la Señora, general. Algunos, los que Yvonne llama "malos peronistas", proponen que el Monumento se erija en algún lugar cercano a la Plaza de Mayo. Otros...

Yvonne: "Otros" no. Nosotras, las mujeres peronistas, las que queremos a Evita como peronistas, pero también como mujeres, queremos más.

Perón: A ver, Yvonne: ¿y qué proponen ustedes? Las mujeres de Evita.

Yvonne: Ese Monumento tiene que levantarse en la mismísima Plaza de Mayo. Alto como la Torre Eiffel. Alto como la gloria de...

Perón (conteniéndola): Yvonne, Yvonne... Tan alto, no. Hija, no llevemos a Evita al Cielo mientras todavía está en la Tierra. (*A Cámpora*): ¿Pensaron algo alternativo a... la Torre Eiffel?

Cámpora: Hacer réplicas del Monumento en cada una de las plazas del interior de la República. En cada capital de provincia.

Intervención inesperada de Juancito.

Juancito: Sí, sí... Eso va a ser fantástico. Evita en todas las plazas. Regar el país de flores, alegría para los pibes...

Perón gira lentamente y le clava la mirada. Juancito se calla. Yvonne aprovecha y arremete.

Yvonne: Y vamos a declararla "Abanderada de los humildes". Y a darle el collar de la Orden del Libertador San Martín. La Cámara de Diputados se desborda de amor por la señora. La comparan con Isabel de Inglaterra, con Juana de Arco, con Catalina la Grande o Isabel de España. Hay quienes dicen que jamás habrá un escritor con el genio necesario para escribir su historia. Hay quienes...

Perón (La interrumpe): Suficiente, Yvonne. No hay nada que Evita no merezca. Sigan nomás. *(Una pausa. Algo sombrío:)* Vayansé. Quiero estar solo.

El corte ha sido algo abrupto. Yvonne y Cámpora intercambian una rápida mirada y deciden obedecer sin decir palabra.

Salen del despacho.

Perón se pone en pie y da algunos pasos erráticos por el recinto.

Gira y descubre a Juancito con la cara bañada en lágrimas.

Perón (Secamente.): ¿Qué te pasa?

Juancito (Emocionado): Todo esto, General. Estos homenajes. Los monumentos. Es maravilloso. La gloria que Evita merece. Y es tan verdadero. Es el amor del pueblo.

Perón: Sí, Evita merece la gloria. Pero *esto* no es el amor del pueblo. Son las alharacas de los adulones. Ni mil monumentos la salvan a tu hermana. Se muere y se muere mal, sufriendo. Si querés llorar por eso, llorá. *(Desdeñoso.)* Pero no llorés al pedo, Juancito. Guardá las lágrimas para cuando te hagan falta.

Corte.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

¿Quería Perón ser presidente en noviembre de 1972? ¿Podía evitarlo?